

cho. A las once me duermo pensando en tí y casi siempre sueño contigo.

A veces sueño que llegas, que te veo descender sobre tu caballo la colina que se ve desde la verja del jardín, acompañado del señor Gil Gomez, como tantas veces te he visto en aquellos días felices.

Otras, te sueño herido, ensangrentado, pálido ó muerto, y entonces despierto anegada en lágrimas.

¡Si vieras lo que soñé la otra noche! cualquiera diría que era un presentimiento.

Soñé, que viéndote llegar quise salir á tu encuentro y no pude porque estaba muy mala, que tú veniste á mí y dijiste con mucha tristeza, al ver que yo no me movía ni te hablaba:

—¡Pobre Clemencia! está muerta.

Yo me sonrei al escucharte.

—¡Y bien muerta! proseguiste, ¡Clemencia! ¡mi Clemencia!

Yo te estaba escuchando, pero no podía responderte.

Entonces tú te alejaste llorando.

Y desperté, oprimido el pecho por una terrible angustia.

Por eso solamente me inquieta mi enfermedad, ¡qué importaría morir al cabo de algunos años de haber vivido á tu lado?

Pero ¡Dios mio! morir antes de haberte visto, de haberte estrechado entre mis brazos una última vez, sería un castigo espantoso que el cielo no me enviará jamás, porque creo no haberle ofendido de una manera tan atroz.

¡Oh! ven pronto mi Fernando, porque llorando te espera

CLEMENCIA.

Las demas cartas eran anteriores á ésta; porque despues la niña solo habia vuelto á escribir otra, por ese sentimiento de delicadeza y abnegacion sublimes, de que hemos hablado.

Fernando acabó de arreglar las otras cartas de su padre y todos los objetos para encerrarlos en su maleta de viaje.

Despues salió para hacer llegar las cartas á su destino y no volvió á su habitacion hasta bien entrada la noche.

CAPITULO XX.

En Jalapa.

Jalapa es el Edem de ese Edem que se llama México.

Figuraos, los que no la habeis visto, una beldad con la frente coronada de flores y reclinada sobre un lecho de rosas, á la falda de un cerro que se llama el *Macviltpec*, ceñida y refrescada por un rio, que despues de haberle acariciado con suave rumor, va á abismarse en el mar bajo el nombre de rio de la Antigua.

Figuraos una ciudad donde en todas partes nacen flores que adormecen y embalsaman con su blandísimo perfume: donde acarician los oidos y estremecen las fibras del corazon, músicas de harpa ó de un instrumento pequeñito y vibrador que se llama *requinto*: donde hay mugeres hermosas con una hermosura popular en todo México: donde cada amor es un idilio de Homero, ó una confidencia

de Lamartine: cada conversacion un proyecto de fiesta, cada fiesta un concierto del cielo.

Figuráosla, con sus casas de un piso, pintadas alegremente de blanco y adornadas con amplias ventanas, que á su vez adornan grupos de jóvenes aseadas, hermosas, alegres, como una bandada de esas aves que tanto abundan en sus bosques y se llaman *Clarín de la selva*: con sus jardines en que se cultivan las flores y los frutos de mas hermoso color, mas suave perfume ó mas esquisito sabor del Nuevo-Mundo, desde la rosa reina, hasta esa pequeña que cubre las paredes con un tapiz: desde el árbol gigante del *xenicuill*, hasta los grupos enanos de moreras silvestres; desde el *sóchil*, hasta la campánula y la madre selva: desde el ancho y ojo-sol platanar hasta el naranjo pequeño.

Figuráosla con sus cañadas de Pacho y Tatahuicapa, en que se respira brisa de liquidambar, con su camino de *Coatepec* que es una calzada no interrumpida, de naranjos en flor que embriagan los sentidos al embalsamar el ambiente, de yedras, moreras, platanares y limos, y á cuyo fin se encuentra un pueblecillo, el comercio de cuyos habitantes consiste en frutos y flores.

Figuráosla con su dique, que contiene una mole inmensa de agua que se contempla desde un puente, caer despeñada rugiendo y formando al chocarse abundantes copos de blanquísima espuma, remedo del mar, y en el que algunos años se han lanzado botes en los que atravesaba su estension una juventud de ambos sexos, coronada de flores alegrando el ambiente con sus voces y haciendo vibrar la tibia brisa de la tarde, con los acentos de una música alegre aunque melancólica.

Figuráosla durante la media noche, cuando á la modesta luz de la luna, recorre las calles una turba alegre de jóvenes, que aprovechando ese dulce privilegio de la juventud, entonan alegres serenatas al pié de los balcones ó junto á las ventanas de su adorada: serenatas en que forman un dulce concierto, vihuelas de todas dimensiones y flautas que á medida que van decreciendo en volúmen, van produciendo sonidos mas agudos y mas alegres.

Figuráosla, con sus comitivas que durante las tardes se dirigen á la sombría y perfumada cañada de *Pacho*, despues de haber atravesado una estensa y verde llanura, que se llama de *Los Berros*, para hacer frugales meriendas, en que mas se baila y se canta que se come.

Porque sus habitantes tienen ese dulce privilegio de una sencilla alegría que solo muere con ellos.

Pensad cuán grata sorpresa experimentaréis cuando despues de haber atravesado esas estériles y ardientes llanuras que semejan los desiertos de Arabia, y se encuentran en el camino que á ella conduce desde Veracruz, cuando os sentiais ahogar por la sed, abrasar por los rayos solares, comenzais á sentir que un bienestar se difunde por vuestro cuerpo, que vuestros labios se humedecen.

Es que habeis cambiado bruscamente de temperatura.

Es que habeis pasado del infierno al paraíso.

Es que estais en Jalapa.

O bien acabais de atravesar un país montañoso, cubierto desigualmente por una erupcion volcánica, donde solo crecen algunos arbustos escasos de triste y mezquino aspecto y azota dolorosamente vuestro rostro, helando vuestros miembros, el vien-

to desigual é inclemente del Cofre de Perote, comenzais á descender notablemente y repentinamente al llegar á San Miguel del *Soldado*: tendeis la mirada y veis allá abajo, medio oculta entre las quebradas del camino, ceñida de huertes y jardines, con su blanco y alegre caserío, una ciudad, que cual nueva Vénus, parece que está naciendo de un oceano de flores.

Es Jalapa, la de las bellas mugeres, la de las alegres músicas.

Es Jalapa, la querida de los gobiernos, y la cual han protegido los emperadores indios, los vireyes españoles y los presidentes mexicanos, acantonando allí sus tropas.

Es Jalapa, todavía embellecida por los versos de un hombre de genio, de un poeta que la muerte arrebató jóven porque era desgraciado y no le dejó ni el consuelo de dormir su último sueño cerca de los que amó; porque fué á pedir una tumba á otro país inclemente.

Era mi padre, J. J. Diaz.

Era mi padre, su poeta mas querido, aquel cuyos romances todavia se recitan en el hogar, cuyo versos todavia se cantan en las noches de luna, ó en las reuniones populares.

Era mi padre cuyos últimos dias amargaron las vicisitudes políticas; pero que murió bendiciendo su bendito suelo.

Este es Jalapa en 1857 y este era Jalapa en 1812.

A esta ciudad fué trasportada una tarde tristísima de otoño una jóven, que se moria, é iba á buscar la vida en su pura atmósfera.

Era Clemencia.

Su mal habia ido creciendo lentamente de dia en dia y el Doctor, desgraciado médico impotente para luchar con medicinas contra la naturaleza, se volvía á esa naturaleza buscando en ella la medicina para su hija que se moria.

El Doctor se propuso luchar con todas sus fuerzas, hasta dominarle ó morir con aquel mal terrible que envenenaba la existencia de su hija.

Hizó arreglar una primorosa casita de un piso, con un hermoso jardin situada casi fuera de la ciudad, hacia el barrio de Santiago: trasportó á ella todos los objetos de Clemencia y la puso en las condiciones mejores para que la habitase un enfermo.

La habitacion de su hija contigua á la suya era una pieza de alegres pinturas y agradable aspecto, que recibia luz y sol por una ventana lateral que daba inmediatamente al jardin hasta donde llegaba el perfume de los azahares, los nardos y las rosas y desde donde se podian contemplar los árboles con su verde follaje, las flores con sus lindos colores, el cielo con su azul.

En esta pieza pues, volvémos á encontrar á Clemencia, ¡pero que cambiada! ¡Dios mio!

Ya no es aquella niña alegre que corria por su jardin para cortar á Fernando las mas hermosas flores.

Dos años y la enfermedad han cambiado notablemente su fisonomía, dando á su rostro una expresion de tristeza, de languidez, de sufrimiento, que hace llorar al que otros dias la ha contemplado.

Estaba afectada en último grado de una enfermedad que los médicos llaman *clorosis*, complicada ademas con una grave afeccion en el pecho.

Consiste esta enfermedad, ó estado general morbo-
so de la constitucion, en una disminucion tan
notable de la masa de la sangre, que al abrir des-
pues de la muerte los vasos que habitualmente con-
tienen este liquido, se les encuentra casi vacios ó
llenos de otro liquido acuoso casi incoloro.

Durante la vida, se manifiesta por una palidez
profunda de la piel, del interior de los labios, de la
membrana ínterna de los párpados.

Se experimentan fuertes palpitaciones, sincopes,
desmayos, los ojos son heridos vivamente por la luz
solar, ó experimentan deslumbramientos, de obje-
tos en acuerdo con el estado moral del individuo:
Los oidos escuchan ruidos sordos y monótonos.

El apetito se pierde casi siempre.

Si se aplica el oido á las arterias; pero mas par-
ticularmente á las del cuello, se escucha un ruido
particular, un soplo, una especie de canto triste y
monótono, que se llama *canto de las arterias* y que
depende probablemente, del choque desigual que
la columna de sangre disminuida ejerce contra las
paredes de los vasos que la contienen.

El corazon sin embargo, no presenta nada de
notable; pero los demás órganos del pecho, se afec-
tan orgánicamente casi siempre.

El fierro naturalmente contenido en la sangre
ha disminuido y esto explica la transformacion
acuosa de este liquido.

Acontece primeramente, por una predisposicion
individual particular, un estado de la constitucion.

Otras veces, por abundantes perdidas de sangre,
por pesadumbres repetidas, por un estado contem-
plativo del individuo, en el cual predomina gene-

ralmente el temperamento nervioso muy delicado
y muy sensible.

Se procura en el tratamiento destruir las enfer-
medades esenciales que la clorosis complica, resti-
tuir á la sangre la sustancia ferruginosa que ha per-
dido, ó aumentar su masa, para lo cual algunas ve-
ces se ha ocurrido á la trasfusion en los vasos, de la
sangre de otro individuo.

¡Recurso supremo, en el que solo una madre ó
un ser que nos ame con toda su vida, puede dar-
nos ese jugo purísimo de la juventud!

Hemos dicho que la fisonomía de Clemencia,
habia cambiado notablemente; pero sin dejar por
eso de ser menos hermosa; pero era una hermosu-
ra de un tipo diferente; dos años antes era la de la
vírgen de Murillo, ahora era la de esa misma vír-
al pié de la cruz.

Una profunda palidez cubria completamente su
rostro, haciendola semejar una estátua de marfil:
sus venas se dibujaban debajo de la piel, como si
esta se hubiese hecho trasparente, sus labios esta-
ban blancos completamente lo mismo que sus ma-
nos, su corazon se oia latir levantando la tabla an-
terio del pecho, como si la sangre al huir de las es-
tremidades se hubiese acumlado en este órgano de
la vida: un círculo sombrío rodeaba sus ojos que
lanzaban una mirada ardiente, febril por decirlo así,
como si en ellos se hubiese concentrado todo el
fuego de la pasion que la consumia: sus cabellos
castaños caian formando dos bandas y circunscri-
biendo el óvalo de cara mas perfecto y de mas do-
liente expresion que se pudiera contemplar.

Su voz habia tomado ese timbre particular, casi
metálico, que revela un profundo desarreglo en los

órganos de la respiracion, pero templada su aspe-
reza por el acento de triste dulzura que el dolor y
la resignacion le daban.

Su cuartito que decoraba los mismos muebles que
ya conocemos estaba cuidadosamente cerrado por
el doctor, á fin de no dejar acceso al aire frio.

El lecho, con cortinaje blanco en un rincon, el
piano en otro, la mesa cubierta de ramos de flores
todos los dias renovadas, en medio el sillón en que
la jóven pasaba sentada la mayor parte de las ho-
ras del dia frente á la ventana, cuya vidriera her-
méticamente cerrada, dejaba penetrar sin embargo
un rayo benéfico de sol y desde donde se veia el
jardin con sus flores, sus árboles y sus alegres aves.

Serian las once de la mañana; cuando Clemen-
cia que estaba sentada en ese sillón, leyendo absor-
ta, una de las primeras novelas de Lord Byron,
que acababa de aparecer y que el doctor se habia
procurado con trabajos, levantó la cabeza y la vol-
vió hacia atrás, al ruido de una puerta que se
abria.

Una persona se acercó de puntillas.

Era el doctor.

Al contemplar la fisonomía de la jóven, el buen
doctor no pudo menos de dejar pasar por su frente
una sombra de tristeza profunda; pero trató de disi-
mular su emocion yendo á tomar una silla, en la
que se sentó cerca de su hija, tomando sus pálidas
y descarnadas manos entre las suyas á la vez que
preguntaba con afectuoso acento.

—¡Buenos dias! hija mia, ¿como te sientes?

—Lo mismo que siempre ¡padre mio! esta fatiga
en el pecho, me impide respirar, respondió Cle-
mencia.

—¿Pero porqué te has levantado hoy y además
tan temprano? ¿no te habia dicho ayer que no salie-
ses de la cama? dijo el Doctor sin poder disimular
la impaciencia que sentia, al ver el funesto estado
de su hija, á quien veia morir entre sus manos, sa-
liendo vencido, él que representaba la ciencia por
la muerte despues de haber luchado como un gi-
gante.

—Estaba tan bella la mañana, tenia tanto deseo
de ver el jardin, de respirar el aire puro, de vivir,
que he creido que me moriria quedándome en la
cama, respondió Clemencia con un acento que era
una disculpa y era al mismo tiempo una queja,
acaso la primera que su enfermedad le arrancaba.

—Pero ¿no ves, ¡alma mia! que el frio te hace
tanto mal y que los dias que permaneces en la ca-
ma estás mucho mejor del pecho?

—Es cierto; pero...

Y Clemencia no pudo continuar, porque un ac-
ceso violento de tos, que le acometió, ahogó su voz:
Llevó su blanco pañuelo á su boca y le retiró com-
pletamente teñido en sangre.

Quiso ocultar esta accion á su padre; pero ya era
tarde.

El padre iba á lanzar un grito que se ahogó en
su garganta; pero el médico pudo ocultar su emoci-
on á la enferma.

Los dos permanecieron un momento silenciosos

—Conque te volverás á la cama ahora mismo,
¡hija mia! ¿no es verdad? ya ves que el dia está de-
masiado frio y esos accesos de tos, lastiman mucho
tu pecho, dijo el doctor, al cabo de un momento
de doloroso silencio.

—Sí señor, le obedeceré á vd., pero antes quisie-

ra pedirle una gracia, dijo Clemencia, con ese acento que usan los niños para hablar á su padres cuando quieren obtener de ellos una licencia ó el cumplimiento de un deseo infantil.

—¿Una gracia? ¡hija mia!

—Sí señor, y muy grande.

—Pero ¿qué puede ser ¡hija mia! que yo no te conceda, si es cosa que está en mi poder?

—Sin embargo, papá, pudiera ser que me la negara vd.

—¿Pero qué es una cosa tan grande ó tan imposible?

—Para mí, ni lo uno ni lo otro tiene; pero como vd. es tan severo cuando está uno enfermo, temo que....

—¡Ah! ya comprendo, es una cosa que tiene relacion con la enfermedad, dijo el doctor curiéndose.

—Precisamente.

—Está bien, pues veamos y si es posible.

—¡Oh! no, entonces ni lo digo, porque antes de saber qué cosa es, ya lo está vd. poniendo en duda.

—¿Pero no ves, niña que puede ser una cosa que te haga mal y entonces....?

—¡Oh! no será muy grande el mal que me haga y sin embargo, experimentaria tanta satisfaccion, que yo si fuese médico y me pidiese vd. una cosa tan sencilla y que tanto deseaba, no se la negaria.

—Ya se ve; pero bien, ¿dime por fin lo que quieres? puede ser que en vista de ese deseo tan grande que manifiestas, te lo conceda yo.

—¿Me lo jura vd.?

—¡Oh! no, tanto no puedo hacer antes de saber.

—¿Me lo promete vd.?

—Es decir sí y no. . . segun . . .

—Ya ve vd. que es lo único que le he pedido, durante mi enfermedad, dijo Clemencia con angustioso deseo.

—Está bien, te lo prometo, di....

—Quisiera antes de meterme acaso para siempre en la cama, ver por la última vez mi rosalito, que he hecho traer desde San Roque y que está ahora en el jardin, dijo por fin Clemencia, ruborizándose como si el temor de una repulsa, ó el placer de una concesion, hubiesen hecho afluir á su rostro la sangre que se agolpaba en su corazon.

—¡Imposible! dijo el doctor poniéndose de pié: imposible es que tú recibas el viento frio del jardin.

Clemencia guardó silencio, una lágrima apareció en sus ojos y rodó silenciosamente á lo largo de sus megillas, que otra vez habian vuelto á su estado habitual de palidéz.

El doctor se paseaba agitado por la estancia.

—¿No ves que una locura de esas puede ponerte mas mala? dijo por fin acercándose al sillón en que permanecia su hija resignada y silenciosa.

El doctor comenzaba á capitular.

Clemencia lo comprendió, porque dijo.

—Sin embargo, ¡hubiera hecho tanto bien á mi alma la satisfaccion de ese deseo!

—Pero vamos, ¡no seas niña, Clemencia! dime, ¿por qué me pides una cosa que sabes te hace tanto mal, y porque no te lo concedo te pones tan triste que me vas á hacer ceder? y no, no, porque entonces yo tendré la culpa de lo que te suceda, dijo el doctor cediendo mas y mas.

—No señor, si cree vd. que me haga tanto daño no me lo conceda.

—Mira, no creas, que es por mortificarte, la mañana está muy fría y el viento, el fuerte aroma de las flores, te van á hacer tanta impresion, á tí que estás tan delicada, que esta tarde te entrará la calentura mas temprano que ayer y los días anteriores, continuó el doctor, contradiciéndose como un niño, que en vano quiere ocultar lo que va á ejecutar.

—Está bien, entonces ni hablemos mas de ello, padre mio, dijo Clemencia con triste acento.

—¡Oh! pero si tambien ni me ruegas, ¡cómo quieres que yo ceda? ¡mi niña! vamos al jardin, al fin como siempre has hecho de mí lo que has querido, exclamó el doctor sollozando casi como un niño.

Hacia treinta años que aquel hombre de fierro, luchaba como un gigante contra todos los sufrimientos, todos los dolores físicos y morales, todas las pasiones en el estado en que el hombre no se toma la pena de ocultarlas, venciendo siempre y ahora cuando mas necesitaba de sus fuerzas para luchar, cuando habria dado toda su vida pasada en el servicio de la humanidad para salir vencedor, se encontraba impotente, débil, anonadado ante las terribles é invariables leyes de la naturaleza.

—¡Oh! ¡mil gracias, padre mio! exclamaba Clemencia con tierna efusion, ¡mil gracias, me acaba vd. de dar la última prueba del inmenso cariño que me profesa!

—Pero ¡me prometerás que estaremos solo un momento en el jardin y que volverás inmediatamente á la cama? dijo el doctor procurando sacar el mejor partido posible de su derrota.

—Se lo juro á vd., solo un momento delante de mi rosal y despues á la cama.

—Pues deja antes que te abrigue, dijo el doctor, trayendo á su hija una gorrita inglesa con que cubrió su cabeza y un tápalo grueso de lana color de cereza, con que la envolvió cuidadosamente.

—Ya estoy, papá.

—Ahora los guantes.

—Ya me los he puesto.

—Ahora antes de salir, toma una cucharada de este jarabe de kermes y una de tus píldoras de fierro, continuó el doctor corriendo de un extremo á otro de la habitacion.

Ya ves que el jarabe te calma tanto la tos.

Clemencia hizo lo que se le mandaba.

—Ahora apóyate en el brazo de tu padre, que es un consentidor, que no está bueno para médico, dijo el buen doctor, presentando cariñosamente el brazo á su hija.

Clemencia se apoyó en él y ambos salieron de la habitacion.

Eran cerca de las doce: el jardin estaba un poco triste, porque corrian los últimos días del mes de Setiembre, y la lluvia habia arrancado al pasar algunas flores demasiado delicadas para sufrir indiferentes su enojo; pero sin embargo, los rosales estaban cubiertos de flores, los sóchiles, los nardos, los jazmines, las mosquetas, esparcian un aroma que aun á otra cabeza mas fuerte que la de la enferma, habrian causado mareos.

¡Muy triste debió de presentarse el jardin á los ojos de Clemencia que acaso lo veian por la última vez: muy tristes debieron ser los pensamientos que cruzaron por su imaginacion calenturienta, cuando

por sus mejillas pálidas corrieron dos lágrimas, que fueron silenciosas á mojar una de las flores de un rosal junto al cual la jóven se habia detenido apoyada en el brazo de su padre.

Era un rosal pequeño, porque debia ser muy nuevo todavía, segun la flexible blandura de su tallo y el vivo color de sus hojas: estaba cubierto completamente de flores casi en boton todavía, que solo se entreabrian para suspirar un aliento suave y embriagador.

Lo mecia con blanda oscilacion la brisa: cerca de él giraba un colibri, que anhelaba libar su dulce miel, y que maldecia en su interior al importuno que le impedía acercarse.

¡Ay! el ave no sabia que para un corazon, ese rosal era un libro y esas flores las páginas en que estaba escrita toda una historia de amor, de recuerdos, de lágrimas; historia que un moribundo leia por la última vez.

¡Dolorosísima, como de amor sin esperanza, debia ser esa historia, porque los ojos de Clemencia que estaban fijos en una flor que del rosal habia arrancado, velaron su mirada con lágrimas!

Al verla llorar, se hubiera podido decir con un poeta mexicano:

¡Pobre muger! tus lágrimas enjuga
¡A qué verterlas en inútil llanto
Si al fin el hombre á quien adoras tanto
Indiferente y sin piedad las vé?....

Y al verla morir tan jóven, esclamar con Lamartine:

¡O'est bientot pour mourir!
Porque las mugeres son flores que abren dulce-

mente su corola á las brisas del amor; pero se agostan al viento del desengaño.

—¡Vaya! ¡hija mia! ya has cumplido tu gusto y tiempo es de que volvamos á tu aposento, dijo en tono dulce el doctor, al cabo de un rato de doloroso silencio.

Clemencia no respondió: de sus ojos se desprendieron raudales de lágrimas y ocultó su cabeza en el pecho de su padre sollozando dolorosamente.

El anciano la estrechó contra su corazon y no pudiendo ya disimular por mas tiempo su emocion, estalló su dolor en angustiosos gemidos.

Padre é hija se abrazaron confundiendo sus lágrimas.

¡Era un espectáculo que despedazaba el corazon, el de aquel anciano y aquella jóven abrazados llorando en medio de un jardín, en que cantaban alegres y vocingleras las aves, en que se estremecian de placer al beso del ambiente las flores, en que murmuraban dulcemente las fuentes: en que el sol lanzaba sus rayos mas hermosos!....

¡Era una ironía tanto dolor en medio de una naturaleza tan risueña, que parecia convidar á la vida, á la alegría, al movimiento, que parecia no haber escuchado nunca mas que cantos de amor, en vez de gemidos de pesadumbre!

¡Eran un padre y una hija, despidiéndose para la eternidad!

El uno, infeliz médico, veia morir á su hija entre sus brazos, luchando por detener las leyes de una naturaleza invariable, sintiéndose vencido, cuando habria dado toda su vida por salir vencedor.

Filósofo, comprendia la causa del dolor de su enferma.

Padre, perdonaba á su hija y la bendecía al dintel de la tumba.

La otra, sentia la muerte irse apoderando de su ser y al morir su cuerpo, despertaba mas ardiente en su alma su amor: pero se veia olvidada, abandonada por el que amó y le consagraba sin embargo, sus últimas lágrimas, sus últimos suspiros, la agonía de su pensamiento, que al girar sobre su pasión imposible, sobre su cariño sin esperanza, habia llegado á ser un castigo para ella.

Lanzaba su postrer y lastimero jados! á aquel rosal que en otros dias, cuando tenia el consuelo de esperar, habia sido un talisman misterioso de su amor, un relicario de sus recuerdos, de sus delirios, de sus esperanzas y ahora solo era la dulce perspectiva de una felicidad desvanecida, para siempre, de una ilusion tan falsa que se disipó como un sueño.

Amante, perdonaba aún y olvidaba su abandono.

Desgraciada vertia las últimas lágrimas de despedida á un amor que fué su gloria.

Derrepente, Clemencia se desvaneció, sintió faltar la tierra bajo sus piés y arrancándose de los brazos de su padre cayó aplomada y perdido el conocimiento.

Tanta luz, tanto perfume y el exceso de su emoción habian agotado sus fuerzas y la habian desmayado.

El doctor, se apresuró á cubrirla, la tomó entre sus brazos como si fuera un niño dormido y corrió con ella á su habitacion depositandola sobre su lecho.

—Y ahora murmuró, casi llorando el Doctor;

cuando Clemencia hubo vuelto en sí. Ahora, se ha acostado para no volverse á levantar mas.

CAPITULO XXI.

¡Padre y médico!

Ocho dias despues de la escena referida, el Doctor encerrado en su gabinete, escribia á su amigo Don Estevan la siguiente carta, que amenudo interrumpia para enjugar las lágrimas que de sus ojos corrian.

MI AMADO AMIGO:

¡Duerme mi hija en el cuarto inmediato!

Estoy escuchando perfectamente el sonido de su respiracion aspera y desigual y me aprovecho de este instante para escribir á vd. como hemos convenido y para desahogar en el seno de la amistad, el dolor conque me siento morir.

Desde la última vez que he escrito á vd. ha seguido cada dia mas mala; pero precisamente en esta última semana es cuando la enfermedad se ha desarrollado de una manera espantosa y cuando he tenido que emplear, para combatirla, los medios mas crueles y mas inhumanos.

Figurese vd, amigo mio, que yo mismo, padre inhumano, he puesto un caústico sobre su pecho, que yo mismo como un infame, he desgarrado hasta hacer brotar la sangre, ese pecho tan blanco,